

rotación y traslación de ALICIA ALONSO

18

“Cien veces la miraste: ninguna vez la viste”, dijo nuestra Mistral andina y oceánica para tocar el fundamento de la germinación materna que es otro modo de entrar y de salir desde el espacio sideral al tiempo de la Tierra: el de la piel y el esqueleto de la hermosísima del aire.

Alta, libre, impalpable, diamantina y oscura hasta cegarnos de tanta y tanta luz, ¿cómo la hubiera descifrado nadie sino adivinándola, entreviéndola en lo disperso de las cosas, en lo que fluye y que confluye, en las palmeras y las olas —en lo que nace y que renace con Martí—, en el silencio del amanecer de nuestra América: permanente y errante?

Ala y Alicia y mariposa, todo lo amarro entonces con urdimbre delgadísima a la Revolución precursora que está viniendo todavía en la gran llamarada del 59 —“desde entonces (ahí la clave de su **poesía-conducta**) cambié un público por un pueblo”—. Ala y Alicia y mariposa, y hasta me atrevo a decirle mi amor a Cuba en la primera del singular —ese pobre yo, tan nuestro y tan intransferible—, para decirle mi reiterado amor revolucionario en esta criatura prodigiosa, desde la circunstancia misma de mi partida.

Dije lo permanente y lo errante de la madre para ir al fondo de la figura sonámbula porque la Madre vuela en esta Alicia del mundo, vuela hacia adentro y rompe libremente la **imago** hacia afuera como todo lo móvil que nos arrebató cuando se abre y se cierra, como los grandes pétalos de la realidad transparente: ésa que nos besa sin besarnos pero nos besa en el oleaje más y más secreto del oxígeno.

Estuve corto aquí: ¿qué son dos años inconclusos; inconclusos como el azar, como las nubes, como los sueños; como el principio? Estuve apenas nada en esta Isla donde todo lo aprendemos de una vez y en un solo paso aéreo y centelleante en cuanto aquí Revolución quiere decir de veras Revolución y hermano quiere decir exactamente hermano.

Fui Chile aquí por unos meses; Chile, mi Chile, por obra y gracia de mi pueblo de pobres. De mineros, cuyo abolengo es el mío. De pescadores, de catadores y de arrieros. Y fui también mi Chile en la hora del internacionalismo proletario, cuando la masacre feroz manchó de sangre lo más alto de nuestras cumbres. Y en esa hora, como siempre, Cuba estuvo con nosotros: Cuba entera en sus calles, sus plazas, sus caminos, en la concentración fraterna, masiva, innumerable. Nunca hubo en nuestra América una identidad más entrañada hasta hacer una sola patria de nuestras patrias: la luminosa y la sombría. El pueblo, el pueblo: todo el pueblo. Allí nos fue dado —entre tantos y tantos rostros inolvidables— el resplandor de un rostro en cada una de esas concentraciones multitudinarias: el destello de Alicia Alonso como una flor en defensa de nuestro Chile.

Por eso, ahora te lo digo —te lo digo bajito para que se oiga lejos, más allá de tu oído—: nunca me hubiera marchado. Nunca me hubiera marchado de tu proximidad, Alicia nuestra, que nos imantas a todos: ¡nunca de tu fulgor creciente, Revolución de cada día! Porque nunca, mi Cuba, me fuiste destierro en lo más leve; con toda la cordillera a cuestas, y el Pacífico aciago de estos largos días.

Estuve poco, y parco. Nunca hablé personalmente contigo, Alicia. Pero creo haber alcanzado a **verte**, más allá de ese animal purísimo que danza en ti y corre por tus venas.

A **verte** de verdad.

Y no fue justamente en las tablas ni en aquellos pies veloces que son y seguirán siendo —más allá del éter— la rotación y la traslación de Alicia Alonso, sino cuando —airosa y modesta— nos lo dijiste al recibir el Honoris Causa en el Aula Magna de La Habana: “No hay mérito alguno en mí sino haber sabido cambiar hace quince años —y yo creo que a tiempo—: haber sabido cambiar un público por un pueblo.”